

dia. Con que cada generacion tiene solamente el tiempo de su duracion para prepararse al gran dia, y cada hombre tiene para hacer esto el tiempo solo que durará su vida. Por distante, pues, que pueda estar el último juicio, está siempre muy próximo para mí. Estoy separado de él solo el breve espacio de mi vida, despues del cual el resto es nada para mí, pues ya no puedo hacer cosa alguna para mudar mi suerte. ¡Ah! este pensamiento deberia ciertamente hacerme preciosos todos los momentos de mi vida. ¿Por qué, pues, los pierdo inútilmente como si no debiese ser juzgado dentro de poco?

2.º *Tiempo cierto...* «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán... Estas son inmutables, irrevocables, y tienen un efecto cierto...» Jerusalem, el templo, la ley de Moisés, todo fue abolido como lo predijo el Salvador. El mundo, la tierra, los cielos, tales cuales son, serán destruidos como lo ha predicho el Salvador. El cumplimiento de la primera prediccion, de que nosotros somos testigos, es la prueba segura del cumplimiento de la segunda en todas sus circunstancias. Lo creo, ó Salvador mio; Vos lo habeis dicho, me basta vuestra palabra. Creo que Vos vendréis á la fin del mundo á juzgar los vivos y los muertos, á recompensar los buenos y á castigar los malos; creo que la tierra y el cielo, que los reinos de la tierra, con toda su gloria, pasarán sin que de ellos quede vestigio, y que Vos solo reinaréis, y que vuestro reino no pasará ni tendrá jamás fin.

3.º *Tiempo desconocido...* «En cuanto, pues, á aquel dia y á aquella hora, ninguno lo sabe, ni los Ángeles del cielo... ni el Hijo, sino solo el Padre...» Jesucristo nos ha avisado cuanto nos era necesario saber, y lo ha hecho con tanta sabiduría, que con proveer á todas nuestras necesidades, no viniese á satisfacer á nuestra vana curiosidad. ¿Qué año, qué dia debia caer Jerusalem? Esto es lo que no era necesario que supiesen los Apóstoles. ¿En qué año preciso, á qué dia, en qué hora debe acabar el mundo? Vana curiosidad, vanas diligencias, cómputos temerarios, impías aserciones, ¡oh, y cuánto os habeis ya engañado! Lo sabe Dios solo: lo ignoran los Ángeles, y el Hijo de Dios, que en cuanto es nuestro Maestro no sabe sino lo que tiene orden de su Padre de revelarnos, no lo sabe, aunque en calidad de Hijo de Dios nada ignora de cuanto mira al Padre. Así tambien en qué año, en qué dia, en qué hora morirémos nosotros. Esto es lo que debemos ignorar para nuestra tranquilidad y para nuestro adelantamiento en la virtud. Jerusalem ha caido, el juicio vendrá, esto es cierto é indubitable; el tiem-

po está vecino para nosotros, esto tambien es cierto é indubitable. Hé aquí todo lo que nos importa saber. Sobre esto nos debemos regular. Demos gracias á Dios por cuanto su misericordia ha querido dignarse revelarnos, y por cuanto su sabiduría ha querido ocultarnos. Aprovechémonos de la una cosa y de la otra.

Peticion y coloquio.

Ó Dios mio, no pretendo saber lo que habeis escondido á vuestros mismos Ángeles. Ó Salvador mio, en vez de condescender con una vana curiosidad sobre el tiempo de vuestra venida, lo que Vos me habeis revelado quiero que me sirva para hacérmela temer y disponermé á ella. Sí, quiero tener siempre fijo mi espíritu en aquel último dia, quiero poner toda mi atencion en corregir los defectos de mi vida, en reformar mis depravadas costumbres con una generosa resistencia á las tentaciones que me llevan al mal, en purgar con mi arrepentimiento y con mis lágrimas mis pecados pasados, en separarme del mundo con la huida y con la penitencia, y hacer con él un eterno divorcio, en adelantarme y elevarme hácia Vos, ó divino Salvador mio, por medio de la oracion, de la confianza, de la caridad, del desprecio de los objetos criados, y de recurrir á vuestros Sacramentos, que son las señales sagradas de vuestra gracia, antes que Vos hagáis comparecer á mis ojos las terribles señales de vuestro furor; finalmente, nada quiero omitir de cuanto dependerá de mí con vuestra gracia, para que aquel último dia sea para mí un dia de misericordia y no un dia de venganza. Amen.

MEDITACION CCLXIV.

FIN DE LA PROFECÍA DE JESUCRISTO SOBRE LA RUINA DE JERUSALEN Y SOBRE EL ÚLTIMO JUICIO.

(Matth. xxiv, 37-42).

DE LA DESATENCION DE LOS HOMBRES Á LAS AMENAZAS DE DIOS.

1.º De su desatencion á las amenazas generales; 2.º de su desatencion á las amenazas particulares; 3.º de la necesidad de la vigilancia.

PUNTO I.

Desatencion á las amenazas generales.

«Y así como (*fue*) en los dias de Noé, así será tambien la venida del Hijo del hombre; porque así como en los dias antes del diluvio se estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casa-

«miento hasta el día en que Noé entró en el arca, y no reflexionaron hasta que vino el diluvio, y los anegó á todos, así será la venida del Hijo del hombre...» Tres razones de esta desatención:

1.^a *El ejemplo de los otros...* En las amenazas generales cada uno se anima con el gran número; se teme poco cuando se teme solamente lo que tienen que temer todos los otros. Cada uno se persuade que no tiene que temer cuando hace lo que los otros hacen, y ve que los otros no temen. Para acabar de animarse algunos van diciendo á sí mismos: Dios no quiere perder á todo el mundo, ó por lo menos aquella multitud de mundo que yo sigo y que vive como yo; como si Dios, semejante á los reyes de la tierra, tuviese necesidad de nosotros. Y con todo eso, á los tiempos de Noé la multitud de los pecadores no detuvo el curso á la venganza del cielo... «Vino el diluvio, y acabó con todos...» Lo mismo fue en la toma de Jerusalem; lo mismo es en todos los públicos desastres que saquean la tierra; lo mismo también será en la última venida de Jesucristo.

2.^a *Las comodidades de la vida...* La vida agrada: sus diversiones, sus placeres, sus mudanzas y sus variedades, todo esto ocupa agradablemente, y el hombre abandona á esto su corazón. Querria que esto jamás se acabase; y así como se persuade fácilmente lo que ardientemente desea, si no puede del todo persuadirse este error, quiere á lo menos vivir en esta ilusión, apartando de sí toda idea que podría turbarle el reposo de la vida; y finalmente vive como si la vida no se hubiese de acabar. Pero Dios no se regula ni sobre nuestros deseos, ni sobre nuestras ilusiones; y mientras que los hombres en nada pensaban, se anegó la tierra bajo de un diluvio de agua: el reino de Israel quedó destruido totalmente; tantos otros países fueron saqueados de diluvios de males, y así perecerá el universo entero en un diluvio de fuego y de llamas.

3.^a *La poca fe...* El pecado debilita la fe, y con multiplicarse llega muchas veces á apagarla. Por algun tiempo causa aun el pecado remordimientos, y justamente para acabar de sofocarlos, si fuese posible, se toma el partido de burlarse de las amenazas y de las recompensas de Dios. Si no puede el impío destruir en sí enteramente la idea importuna de la Divinidad, se forma dioses de piedra y de metal, y lo que es lo mismo, un Dios ciego é insensible, que despues de habernos criado, cese de tener alguna relacion con nosotros. Pero estas blasfemias vomitadas por corazones corrompidos no mudan un punto la naturaleza de Dios, antes solicitan sus venganzas. El deli-

to de los impíos va aun mas adelante; porque considerando todo culto de la Divinidad como una supersticion, tienen para todos los falsos cultos, para todas las falsas religiones, una tolerancia universal de que se hacen honor. Solamente la verdadera Religion es la que estos no pueden sufrir, la que insultan, la que desacreditan, contra la que se desenfrenan, y la que persiguen con furor; porque esta sola los importuna, los turba y los espanta. Estas funestas disposiciones son los furrieles de las divinas venganzas. Llegando á ser generales hasta un cierto punto la impiedad y el odio de la religion, todo de un golpe revienta; viene la ira de Dios, y pasan á efecto sus amenazas. Esto es lo que trajo el diluvio sobre la tierra, lo que trajo la ruina de Jerusalem, y lo que traerá la ruina del universo... Quede, pues, profundamente esculpido en nuestro corazón el temor del Señor; nutrámoslo con la meditacion y con la oracion: jamás permitamos que se nos quite; este nos mantendrá en la piedad y en la inocencia, y será nuestra seguridad en el día de las venganzas.

PUNTO II.

Desatención á las amenazas particulares.

«Entonces dos se hallarán en un campo, el uno será tomado, y el otro abandonado: dos mujeres irán á moler al molino; una será tomada, y la otra abandonada.» Tres razones de esta desatención:

1.^a *Una necia presunción que hace que cada uno se crea exceptuado...* Muchos en la juventud mueren, es verdad; pero no mueren todos: de los que se embarcan, ó de los que van á la guerra, algunos perecen, es verdad; pero no perecen todos. Suceden muchos accidentes en la vida: se oye hablar con frecuencia de muertes repentinas, ó cuási repentinas, despues de algunos días de enfermedad, es verdad; pero esto no sucede á todo el mundo, y sobre este particular cada uno de su propia autoridad se tiene por exceptuado. Pero ¿qué gusto tenemos nosotros con engañarnos? Aquel que vosotros habeis visto ser arrebatado debajo de vuestros mismos ojos, ó de quien habeis oido el fin funesto, se tenia también por exceptuado; y con todo eso ha sido sorprendido, y su suerte eterna se ha decidido sin apelacion. ¿Sobre qué, pues, fundais vosotros vuestra seguridad? ¿No podeis como él ser arrebatados de la tierra? Y si esto sucede, ¿qué será de vosotros? Temed, pues, por vosotros mismos. Este temor no puede dejar de ser saludable para vosotros, cuando vuestra seguridad os puede perder para siempre.

2.^a *De los falsos razonamientos que algunos tienen para fomentar su seguridad...* Si ven á alguno morir, luego inmediatamente imaginan las causas de su muerte, que no hallan en ellos mismos, y sobre esto se fian. Es un exceso de trabajo ó una destemplanza, una imprudencia ó una temeridad la que le ha ocasionado la muerte; yo me guardaré de estos excesos, de estos defectos. La tal ó el tal estaban indispuestos, pero yo no lo estoy; de este modo se engañan á sí mismos. Si vosotros no teneis la indisposicion misma que tenia el otro, teneis otras que acaso no conoceis. En el punto en que vosotros creéis gozar la mejor salud, tal vez vuestra sangre está próxima á corromperse toda entera, y á helarse en las venas. La prudencia nada puede contra los accidentes, improvisos; nosotros estamos continuamente expuestos á ellos: todos los dias nos suministran ejemplos.

3.^a *Una experiencia mal explicada, por la cual algunos se confirman en la ilusion...* El primero de vuestros conocidos que habeis visto morir os habia llenado de temor, y os habia hecho temer para vosotros mismos; mas despues que habeis visto tantos, ya no temeis. Pero á fuerza de haber visto vosotros tantos, otros os verán á vosotros: cuantos mas habeis visto, tanto mas vecinos estais á ser vistos. Así, pues, cambiais vosotros el remedio en veneno: lo que se os habia dado para vuestra salvacion, lo haceis servir para vuestra pérdida; lo que deberia solicitar vuestra conversion, os la hace diferir; lo que deberia penetraros de reconocimiento, y uniros á Dios para siempre, sirve para alejaros mas de él, y para poner el colmo á vuestra ingratitud... Sí, muchos han sido arrebatados del mundo: ¿y vosotros? Á vosotros os han dejado. ¿Habíais vosotros merecido esta insigne preferencia? ¿Dónde estaríais si Dios hubiese seguido otra disposicion, y en vez de aquellos os hubiese cogido á vosotros en tal edad, en tales circunstancias, en tal hábito vicioso, en tal desorden, como acaece á muchos? ¡Ah! sois ciertamente ingratos si no amais á Dios; sois insensatos si no lo temeis.

PUNTO III.

Necesidad de la vigilancia.

«Velad, pues, porque no sabeis á qué hora ha de venir vuestro Señor...» Tres razones de esta necesidad:

1.^a *Porque...* «debe venir vuestro Señor...» Vosotros no sois tan insensatos que creais que no moriréis, ó que esteis persuadidos á

que moriréis como las bestias. No, no: vosotros teneis un Señor, y vuestra muerte no es otra cosa que su venida: es aquel Señor que os ha criado, que os ha hecho nacer, que os ha dado la razon y la libertad, que os deja libre su uso, y que debe venir á pedir os cuenta de esto. Vendrá, vosotros moriréis; esta es cosa indubitable: ¿y esto no basta acaso para empeñaros á velar, á estar circunspectos, á estar siempre prontos, y aprovechar todo el tiempo que os queda, para prepararos siempre mas, para haceros siempre mas aceptos á este Señor, sin cuidaros de un mundo que dentro de poco será para vosotros nada?

2.^a *Porque debe venir en cualidad de vuestro Señor...* Esto es: para examinar vuestra conducta, y dar su juicio; para alabaros ó vituperaros; para aprobaros ó condenaros; para recompensaros ó castigaros... ¿Os olvidais vosotros en vuestra vida de que teneis un Señor? Lo reconoceréis en la muerte, y lo conoceréis entonces por un Señor perspicaz, á quien nada se escapa de todo el bien ó de todo el mal que habeis hecho. Señor supremo, cuya grandeza comunica al bien hecho por él un grado supremo de bondad, y al mal cometido contra él un grado supremo de malicia. Señor justo, que en aquel dia escuchará solo su justicia, será inflexible á los ruegos y á las lágrimas, no admitirá la intercesion de alguno, ni tampoco seguirá las inclinaciones de su bondad y de su compasion... Señor omnipotente, á quien nada resistirá, y cuya sentencia será de un golpe pronunciada y ejecutada. Señor eterno, cuyas recompensas son nada menos que eternas delicias, y cuyos castigos son suplicios sin fin. ¿Merece, pues, todo esto nuestra reflexion? ¡Ah! pues ¿en qué pensamos? Ahora nos está abierta la misericordia, se nos ofrecen las gracias, y nosotros no recurrimos á ellas. ¿Será por ventura demasiada toda nuestra vigilancia? ¿Será acaso demasiado largo el tiempo que empleamos en prepararnos para esta venida de nuestro Señor, que debe decidir de nuestra suerte por una eternidad?

3.^a *Porque no sabeis...* «á qué hora esté para venir...» Si supiésemos que el Señor debe venir en un tal ó tal número de años, seríamos inexcusables si no pasásemos todo este tiempo en prepararnos. Pero nosotros no sabemos ni el año, ni el dia, ni la hora, y no solo no nos preparamos, sino que vivimos tranquilos en estado de pecado mortal y en peligro de ser tragados cada momento, y sepultados en el infierno para no salir jamás. ¿Con qué nombres llamaremos esto? ¿Temeridad, necedad, furor? No se puede dar á tal necedad un nombre conveniente; y con todo eso ¿no es esta la ne-

cedad de la mayor parte de los hombres? Se deja para la última enfermedad un negocio de esta importancia. Pero ¿sabeis vosotros si moriréis de enfermedad, y cuándo vendrá la enfermedad? ¿Sabeis vosotros si ella será la última? ¿Cuánto deba durar, ó si ella os dará tiempo? ¿Sabeis vosotros si el socorro espiritual que se os llevará, habiéndose pedido tarde, ó por culpa vuestra, ó por culpa de los que os asistirán, no vendrá cuando ya no será tiempo? ¿Sabeis vosotros si lo pediréis, y si á fuerza de diferir en el curso de la enfermedad, como en el tiempo de la sanidad, no moriréis sin Sacramentos? Este pensamiento ¿no hace temblar á cualquiera que tenga un poco de fe? Y con todo eso, ¡cuántos ni aun en esto piensan! ¡Ah!... Luego *velad, velad*, y estad siempre preparados. ¡Oh palabra jamás bastante repetida! ¡Oh palabra tan frecuentemente y tan miserablemente olvidada! ¡Ah! no seamos á lo menos nosotros de este número. Nos lo advierte Jesucristo mismo, porque desea encontrarnos preparados para recompensarnos.

Peticion y coloquio.

No me avisaríais Vos de esta manera, divino Salvador mio, si quisierais sorprenderme y condenarme: animad, pues, mi fe, mi vigilancia y mi corazon: despertadme de esta soñolencia y de esta languidez que me pueden ser tan funestas: haced que continuamente piense en vuestra venida; que la espere con confianza; que me prepare á ella por medio de la caridad, para que comparezca delante de Vos sin temor, y ninguna cosa me separe de Vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

MEDITACION CCLXV.

PARÁBOLA DEL PADRE DE FAMILIA, QUE VELARIA SI SUPIESE Á QUÉ HORA DEBE IR EL LADRON.

(Matth. xxiv, 43-44).

DE LA MUERTE DEL CRISTIANO TIBIO.

1.º Su sentimiento sobre lo pasado; 2.º su languidez en lo presente; 3.º su inquietud sobre lo venidero.

PUNTO I.

Su sentimiento sobre lo pasado.

«Pero sabed que si el padre de familia supiese á qué hora habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no dejaría que fuese agu-

«jereada su casa...» Pero él no lo sabe, y por eso debe cuidar que todo esté en orden en su casa; que sean sólidas sus paredes para estar al mas minimo rumor en estado de oponerse á los ladrones, y hacerlos huir... «Por esto estad tambien vosotros preparados; por-
«que el Hijo del hombre ha de venir en aquella hora que no pensais...» Una alma tibia en el lecho de su muerte se halla en este caso: si hubiese sabido la hora habria velado; pero no lo ha hecho, y la muerte la sorprende. Examinemos su sentimiento sobre lo pasado.

1.º *Se arrepiente de haber pasado el tiempo de su vida sin penitencia...* Esta penitencia tan encomendada, que le era tan necesaria para purgar sus pecados, que le era tan fácil de practicar en tantos años que ha tenido de vida, llena de fuerza y de sanidad, esta penitencia no se ha hecho, y conviene morir.

2.º *Siente haber pasado el tiempo de su vida sin buenas obras...* Tenia tantas ocasiones de hacerlas, y no se aprovechó de ellas. Ha hecho algunas; pero tan malamente, mientras podia hacerlas tan bien. ¿Qué obras encuentra esta alma en toda su vida? Algunas obligaciones cumplidas de mala gana ó por capricho, por gusto natural, por necesidad ó por respeto humano; algunas oraciones hechas sin atencion; algunos Sacramentos recibidos sin fe y sin devocion; algunas acciones ó sufrimientos sin rectitud de intencion, y sin haber siquiera pensado en ofrecerlos á Dios; en una palabra, una vida toda humana, toda natural y toda carnal, mientras habria podido ser toda santa, toda fervorosa, toda espiritual, toda divina y sobrenatural. ¿He podido? ¡Ah si lo pudiese ahora! pero ya no puedo, conviene morir.

3.º *Siente el haber pasado el tiempo de su vida sin adelantarse en la virtud...* Despues de una multitud de años de una vida regulada en lo exterior, las pasiones no se han domado, no se han destruido los hábitos, ni se han roto las inclinaciones viciosas: ellas están todas en el mismo estado; en toda la vida han tenido un curso libre, y se hallan en el mismo grado de viveza y de desorden que al principio, si acaso no ha crecido el mal: no ha hecho progreso alguno en el conocimiento de Dios ni en su amor, no ha adquirido facilidad alguna en recogerse, ni en pensar en Dios, ni unirse á él; ningun grado de humildad, de paciencia, de devocion, de fervor; antes acaso ha perdido que ha ganado. ¡Qué vida! ¿se le habia dado para esto?

PUNTO II.

Su languidez al presente.

Un cristiano, un eclesiástico, un religioso tibio y negligente durante su vida lo es también en la muerte.

1.º *No saca provecho de los dolores de la enfermedad...* El tiempo de la enfermedad es un tiempo precioso, que se puede llamar el tiempo de la mies y de recoger. Los dolores, las molestias, las vigiliass, los remedios, todo esto suministra una materia abundante de mérito á quien sabe bien aprovecharse de ello. Pero un alma descuidada, acostumbrada á no aprovecharse de la sanidad para santificarse, tampoco se aprovecha de la enfermedad. Se ve inquieta, impaciente, continuamente se lamenta, exagera sus males, difícilmente se contenta, se irrita á la mas mínima negligencia, se queja de los que la sirven, y se les hace insoportable. La cruz de Jesucristo, que debia endulzarle todos sus males, está bien léjos de su pensamiento, ó si ve su imagen, no siente impresion alguna, igualmente que durante la vida. ¡Miserable situacion! Efecto deplorable de una vida pasada en la tibieza.

2.º *No saca provecho del sacrificio de su vida...* Un cristiano debe morir, á ejemplo de Jesucristo, con hacer á Dios sacrificio de su vida, con aceptar la muerte en ejecucion de la sentencia fulminada contra el primer hombre, en pena de sus propios pecados, y en union de la muerte de nuestro divino Salvador. Cuesta poco este sacrificio á una alma fervorosa que frecuentemente se ha ejercitado en esto; pero una alma tibbia, si lo hace, lo hace solo con una extrema repugnancia, que le disminuye el mérito, y acaso lo destruye enteramente. Todas sus miras se vuelven hácia la tierra, á la cual ha estado siempre pegada. Experimenta suma dificultad en levantarse hácia el cielo, donde no ha sabido fijar jamás los deseos de su corazon.

3.º *No se aprovecha de los Sacramentos que recibe...* ¿No es cosa por cierto dolorosa que con una persona que toda su vida ha hecho profesion de piedad convenga todavía usar ciertos respetos y miramientos para anunciarle los Sacramentos de la Iglesia, y mucho mas dolorosa aun en el ver que este anuncio la turba y la desconcierta? No obstante esto los recibe. Pero ¿cómo? como los ha recibido en vida, sin gusto, sin devocion, sin consolacion, y con un espanto y temor interno que apenas puede disimular, y que no se manifieste hácia fuera. ¡Oh vida tibbia! ¡de cuántas ventajas nos privas tú en la muerte!

PUNTO III.

Sus inquietudes sobre lo venidero.

Terrible al sumo es el momento que debe decidir de nuestra eternidad, aun cuando lo consideremos como muy distante; pero cuando lo veamos ya vecino, cuando podamos decir: de aquí á dos dias, mañana, esta noche mi suerte ha de ser decidida, ¡oh qué espanto estarémos obligados á experimentar dentro de nosotros, por poco que la conciencia nos acuse y nos recuerde! Pero un alma tibbia tiene muchos motivos de atemorizarse.

1.º *Las dudas que no ha querido aclarar...* Es cosa muy ordinaria en las almas tibbias haber conservado en toda su vida dudas y embarazos de conciencia que jamás han tenido valor de proponer y declarar, prometiéndose siempre hacerlo en un tiempo mas conveniente, y habiéndolo diferido siempre por una funesta negligencia hasta el momento en que ya ni tienen fuerza ni tiempo.

2.º *Los pecados mortales que ha cometido,* que teme no haberlos confesado bien jamás, ni haberlos detestado sinceramente, y por los que teme haber conservado siempre un cierto apego y una secreta complacencia. En un alma fervorosa serian estos vanos escrúpulos, que con facilidad serian disipados; pero en un alma negligente todo da que temer, todo debe inquietar.

3.º *Los pecados veniales que ha despreciado...* Teme que en este gran número se hayan mezclado algunos mortales que habrá igualmente trascordado, y de que acaso habrá contraido el hábito pecaminoso. Tales son frecuentemente las negligencias en las obligaciones del propio estado, las libertades, los pensamientos, las vistas en materia de impureza, los daños hechos en los bienes ó en la reputacion del prójimo, las aversiones, los apegos y aficiones del corazon, las distracciones en la oracion y rezo de obligacion, las irreverencias en el lugar sagrado, en la celebracion de los santos misterios ó en recibirlos. En vida todo parecia ligero á un alma descuidada y dispada, pero en la muerte se juzga diversamente. Y si lo que teme ha sucedido, ¿qué será de ella? El tiempo es muy breve, el mal urge demasiado para poder desembrollar ahora este caos. Querria bien hacerlo un dia, y empezar una vida mas fervorosa; pero la muerte la ha sorprendido. Si hubiese sabido que debia morir tan presto, que debia morir este año, todo lo hubiera ordenado sin duda. ¿Y quién no velaria si se supiese la hora en que el ladron

está para venir? Pero esto no es lo que se llama prudencia. La prudencia es estar siempre preparados, porque no sabemos cuándo deba venir la muerte.

Petición y coloquio.

Dios mio, si me habeis ocultado mi última hora, lo habeis hecho para mi provecho, para que mi corazón esté siempre preparado. Concededme, pues, la gracia de velar siempre. Sacadme de esta tibieza en que vivo: haced que vele sobre los movimientos de mi corazón para santificarlos, sobre mis acciones para hacerlas conformes á vuestra ley, y sobre el estado de mi alma para que jamás me sorprenda vuestra venida. Amen.

MEDITACION CCLXVI.

PARÁBOLA DEL SIERVO BUENO QUE VELA.

(Math. xxiv, 45-47).

DE LA MUERTE DEL CRISTIANO FERVOROSO.

«¿Quién crees que es siervo fiel y prudente constituido por su señor sobre su familia, para distribuirle el alimento á sus tiempos? Bienaventurado aquel siervo á quien su señor, cuando viniere, hallare haciendo así. En verdad os digo, que le confiará (el gobierno de) todos sus bienes...» Apliquémonos á considerar la suerte feliz de este siervo fiel y prudente, de este cristiano fervoroso, que la muerte encuentra ocupado en ejecutar las órdenes de su señor. 1.º Su tranquilidad sobre lo pasado; 2.º su contento en lo presente; 3.º su felicidad por lo venidero.

PUNTO I.

Su tranquilidad sobre lo pasado.

1.º *Un cristiano fervoroso no se perturba de ningún modo por sus pecados en el lecho de su muerte...* Él los ha confesado humildemente, sinceramente y frecuentemente; los ha detestado y los ha llorado; ha pedido todos los días y muchas veces cada día perdón á Dios; se ha esforzado á satisfacer por ellos con la penitencia, con las buenas obras y con la paciencia, sufriendo los males de la vida; y su fe en los Sacramentos y en los méritos del Salvador, su confianza en la misericordia de Dios le hacen gustar ya por mucho tiempo aquella paz de conciencia que va siempre creciendo con el acercarse á la muerte.

2.º *No se turba por las obligaciones de su estado...* Él las ha cum-

plido: todos los días se ha examinado sobre este punto con diligencia, se ha juzgado á sí mismo con severidad, y ha tenido la prudencia de reparar sus faltas segun las ha echado de ver. Si ha tenido bienes, los ha dividido con los necesitados; si ha sido superior en dignidad á otros, se ha bajado con la dulzura y con la humildad; si ha gozado cualquiera autoridad, se ha servido de ella solo para hacer justicia, para mantener el buen orden, para sostener el inocente oprimido, para favorecer toda empresa santa, y para procurar el bien de todos.

3.º *No se turba por el sentimiento de la vida...* ¿Para qué desearia él la vida? ¿Para gozar de sus dulzuras? Él las teme y las aborrece. ¿Para terminar algun negocio ó proveer á cualquiera cosa necesaria? Así como siempre ha obrado por Dios, todo lo deja por Dios, todo lo pone en sus manos: su providencia proveerá á todo. ¿Para emplear mejor el tiempo de la vida? Confiesa él con dolor que habria podido emplearlo mejor; y si conoce el precio de la vida, tambien conoce sus peligros. Contento, pues, de salir de ella, como hace, da gracias al Señor, y le suplica que no lo empeñe de nuevo en ella, pues no saldria acaso sino mas gravado, y otra vez estaria acaso menos dispuesto. Hé aquí sus sentimientos sobre lo pasado. ¡Oh cuán dignos son de envidia! Esforcémonos para procurárnoslos.

PUNTO II.

De su júbilo en lo presente.

1.º *En la enfermedad...* Este cristiano fervoroso cae enfermo de una enfermedad mortal: es esta á la verdad una sorpresa; no se la esperaba en este punto, en este día, en este momento; pero sorpresa agradable, porque todo está dispuesto, sorpresa que hace el elogio del siervo, y que es un testimonio de su fidelidad y de su prudencia. Por esto el siervo prudente pone todo su estudio y sus cuidados en aprovecharse bien de esta enfermedad, que es el término de su carrera, el fin de todos sus males y la última prueba de su fidelidad. En esta enfermedad, ¡qué dulzura, qué paciencia, qué obediencia, qué resignacion! Esto no basta aun, ¡qué júbilo, qué alegría! Él mismo consuela y anima á los que lloran al rededor de él. ¿Y de dónde trae él esta virtud? De aquel Crucifijo que tiene entre las manos, que besa tiernamente, á cuya vista le parece muy poco todo lo que padece. Se alegra de oír que su cuerpo toma alguna semejanza con el de su Señor, que padece, le faltan las fuer-

zas, se debilita, y que dentro de poco morirá y será sepultado para resucitar un día glorioso é impasible.

2.º *En el santo Vidtico...* No puede por sí ya ir á la santa misa, donde solia presentarse con tanta frecuencia y con tanto fervor y consolacion; pero su Señor se digna de ir á él, de consolarlo, de fortificarlo, de darle la prenda segura de su inmortalidad. Á esta vista, ¡oh y cuáles son los sentimientos de júbilo de su corazón!... ¡Ah! esta es para él la última vez que ve á su divino Señor bajo los velos del Sacramento; bien presto lo verá en el resplandor de su gloria. Pero antes que para él se rasgue el velo, se da prisa á renovar en la presencia de su Dios los actos de la fe más viva, de la más firme esperanza, del amor más tierno y de la más perfecta religion. ¿Quién, pues, podrá ser testigo de las demostraciones de su amor y del ardor de sus discursos sin quedar enternecido hasta llorar, y sin desear para sí una suerte tan feliz?

3.º *En la Extremauncion...* Pide este último Sacramento con ansia, y lo recibe con fe. Rebosa de júbilo al ver borradas las reliquias de sus pecados por la aplicacion de los méritos de su Salvador... Habiendo recibido ya todos los Sacramentos de la Iglesia, esperando en sus sufragios y en sus oraciones, no fija ya su pensamiento en otra cosa que en las misericordias de su Dios, deseando verlo. Abred los oídos, estad atentos á su voz agonizante, escuchad las palabras que interrumpidas y mal pronunciadas le salen de la boca, y no pueden articular sus labios; son otros tantos dardos encendidos que parten de su corazón: sus sueños, sus delirios, todo respira amor, y muestra una alma toda llena del Dios que va á gozar... ¡Oh muerte preciosa, por largo tiempo prevista, diligentemente preparada y santamente seguida! ¿Por qué llorarla? El que nosotros lloramos está en la habitacion de la gloria y de la inmortalidad: enviémos su dichosa suerte, y atendamos á procurárnosla.

PUNTO III.

Su suerte feliz para lo venidero.

1.º *Seguridad de esta felicidad...* «En verdad os digo, que le fiará el gobierno de todos sus bienes...» Ha muerto aquel cristiano fervoroso cuya vida ha sido un modelo de todas las virtudes... Aun cuando él hubiese muerto de un accidente imprevisto, que no le hubiese dado un momento para reconocerse, no habria sido menos feliz, porque estaba preparado, porque más santo aun en lo interior

de lo que parecia en lo exterior gozaba de la gracia de su Dios, caminaba en su presencia, y por él solo suspiraba. Ha muerto, y su Señor, que lo ha encontrado fiel, le fiará todos sus bienes. Es Jesucristo mismo el que nos lo asegura, es su palabra la que nosotros tenemos, y su palabra está confirmada con el juramento: *En verdad os digo*. Conmuévete, alma mía, á las expresiones de una promesa tan grande y tan cierta. Anímate, y trabaja para llegar á la felicidad á que tantos otros han llegado, pues tanto á tí como á ellos ha sido prometida.

2.º *Grandeza de esta felicidad...* «Le fiará el gobierno de todos «sus bienes...» Así á las veces suele hacer un señor sobre la tierra cuando ha experimentado la fidelidad de su siervo, y el siervo se cree así bien recompensado... Pero ¡oh qué bienes, qué recompensa en comparacion de los bienes de que el soberano Señor concede el goce al siervo fiel, y de que le da la administracion! Los bienes de que le hace gozar es Dios mismo, el Ser infinito que él ve sin nubes y que ama sin medida; es el reino celestial de que lo pone en posesion, la compañía de los hijos de Dios, de los Ángeles y de los Santos, á la esfera de los cuales lo admite. Los bienes de que le da la administracion son las gracias, los favores de Dios y los milagros que él puede obtener por su intercesion.

3.º *Duracion de esta felicidad...* ¡Ah! jamás hay mudanza ni variedad que temer. Para él todo es fijo, todo es inmutable. Dios es su felicidad, y la eternidad de Dios es la medida de la duracion de su felicidad.

Peticion y coloquio.

¡Oh eternidad bienaventurada! ¡oh felicidad sin límites y sin fin! ¿Puedo hacer mucho, puedo yo sufrir mucho por poseerte? ¿Y qué pedís Vos de mí, ó Dios mio, en comparacion de lo que me prometéis? ¡Qué motivo poderoso para empeñarme á trabajar incansablemente por mi salud! Dadme, ó Señor, la fidelidad y la prudencia de vuestro siervo del Evangelio... Amen.

MEDITACION CCLXVII.

PARÁBOLA DEL SIERVO MALVADO QUE NO VELA.

(Math. xxiv, 48-51).

DE LA MUERTE DEL PECADOR.

«Pero si aquel siervo malo dirá en su corazon: Mi señor se tarda en venir; y empezare á castigar sus consiervos, y á comer y beber con los que se embriagan, vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera, y á la hora que no sabe, y le separará y pondrá entre los hipócritas: allí será el llanto y el crujir de dientes...» ¡Qué miserable situacion es la de la muerte del pecador!... 1.º La memoria de lo pasado le turba; 2.º la sorpresa de la muerte lo desespera; 3.º la hipocresía corona su reprobacion.

PUNTO I.

La memoria de lo pasado lo turba.

1.º *La memoria de sus placeres, cuya dulzura no puede ya gustar...* Riquezas, honras, autoridad, poder, regocijo, divertimientos, conversaciones, teatros, comedias, delicias y gustos, todo ha pasado: á todo esto sucede el abatimiento, la tristeza, el disgusto, la debilidad, la vigilia, el dolor, los gritos y mortales inquietudes. ¡Ah! ¿quién soy yo, y quién he sido? ¿Dónde están aquellos que me adoraban, que me admiraban, que me buscaban? Todos huyen de mí, todos se apartan, ninguno cuida de mí, ya ninguno piensa en mí, todos me abandonan¹.

2.º *La memoria de sus pecados, cuya vista no puede evitar...* Los olvidaba luego que los cometía, no tenía de ellos algun escrúpulo, los miraba como cosas de poco momento, hacia de ellos aplauso, se gloriaba y aun se justificaba; pero ahora todos estos mónstruos, como adormecidos en el fondo de la conciencia, se despiertan de una vez; todos juntos se presentan con cuanto tienen de vil, de vergonzoso, de infame, de injusto, de inhumano, de impío, de enorme y de escandaloso, y forman el espectáculo mas horrendo, el mas hediondo, el mas importuno y el mas gravoso que sea posible imaginarse. Hé aquí, pues, lo que son, y cuál es el estado de mi alma. Hé aquí el estado en que muero, en el que compareceré en el último día, y en el que estaré por toda la eternidad².

3.º *La memoria de un Dios ofendido, cuyos golpes no puede evitar...* Se burlaba de cualquiera que le hablaba de Dios, de su ley, de sus juicios: trataba con desprecio á los que temían ofender á Dios,

¹ I Mach. vi, 11. — ² Ibid. 12.

y le ofendía él mismo como un hombre que no tiene algun temor, ni tiene á quien temer. ¿Y dónde está ahora aquel tono de severidad y de desprecio? ¡Ah! va gritando, ahora conozco que hay un Señor superior á mí¹: él es el que me oprime bajo su mano omnipotente, que me para á la mitad de mi carrera, que llena de amargura mi alma, que desmenuza mis huesos á fuerza de dolores, y atormenta mi cuerpo con suplicios los mas crueles y mas insostenibles. ¡Ah! si me trata aquí en la tierra en una manera tan cruel sin que pueda resistirle, ¿qué será de mí en el otro mundo, en aquel lugar tan extraño para mí donde estoy al punto de entrar? ¡Ay de mí! ¿en qué vendré á parar? ¿Dónde estoy yo para caer?

PUNTO II.

La sorpresa de la muerte lo desespera.

«Vendrá el señor de este siervo en el día que él no lo espera y en la hora que él no sabe...» En esta muerte que lo asalta de una manera tan repentina, tan improvisa, tan poco esperada, descubre él tres errores que han causado su desventura, y harán su desesperacion.

1.º *Primer error sobre la duracion de su vida...* No creía morir tan presto. Se lisonjeaba de vivir una larga vida, y esta necia idea le ha hecho dar el falso paso de abrazar el partido de los vicios, cuyas dulzuras esperaba gozar por largo tiempo, y de abandonar el camino de la virtud, cuyo rigor no creía poder sostener por tan largo tiempo. Pero este largo tiempo era una quimera. La mas larga vida se halla breve cuando ya se está al fin, y la muerte con sus sorpresas procura tambien abreviarla.

2.º *Segundo error sobre sus resoluciones para los últimos tiempos de su vida...* Creía que hácia el fin de su vida vendría un tiempo en que disgustado del mundo y del pecado hallaría menor dificultad en practicar la virtud. Este era el tiempo que reservaba para una sincera conversion y para una vida fervorosa, constantemente resuelto á poner (como se suele decir) un intervalo entre la vida y la muerte: muchas veces tambien habia fijado el tiempo preciso; cuando estaré en tal estado, en tal situacion, en tal edad. El estado, la situacion, la edad ha llegado; pero el gusto por el placer se ha encontrado tan fuerte y aun mas que antes: ha dilatado el negocio para otro tiempo, de este á otro, y finalmente la muerte, con quien

¹ I Mach. vi, 13.